



LEER PARA SER LIBRES

JESÚS REYES HEROLES

DIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES

SEP
CULTURA

LEER PARA SER LIBRES

JESÚS REYES HEROLES

DIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES

INFOBILA



Señor Presidente de la República;
Señores Secretarios de Estado;
Honorables Integrantes de la Junta
de Gobierno;
Autores, Trabajadores, Técnicos y
Administradores del Fondo de
Cultura Económica;
Señoras y señores:

Los aniversarios del Fondo de Cultura Económica tienen su protocolo. A él pertenece describir su nacimiento y la pequeña historia al respecto existente, no por pequeña, simple o sencilla; cargada de tantas complicaciones, que han dado lugar a diversas interpretaciones, no sobre el origen formal del Fondo, sino de la idea que reclutó las adhesiones que lo hicieron posible. Para esquivar caer en una u otra interpretación, sólo señalaré que el Fondo de Cultura Económica ve la luz el 3 de septiembre de 1934, constituyéndose su junta de gobierno por los señores Manuel Gómez Morín, Adolfo Prieto, Emigdio Martínez Adame, Gonzalo Robles, Eduardo Villaseñor, Daniel Cosío Villegas y Jesús Silva Herzog. Poco después, don Adolfo Prieto y don Manuel Gómez Morín, por razones distintas, abandonaron la junta de gobierno.



De los varios promotores iniciales, destaca Daniel Cosío Villegas, fruto jugoso con cáscara amarga, cuyo pensamiento y acción se traducen en numerosas obras e instituciones culturales de México.

Se habían iniciado los estudios de economía en nuestro país en la Escuela Nacional de Economía, encuadrada en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México, y se observaba que para la formación profesional de los futuros economistas existía una barrera: la carencia de textos suficientes en el idioma castellano. Más modesto no pudo haber sido su origen y finalidad: traducir y editar libros de economía.

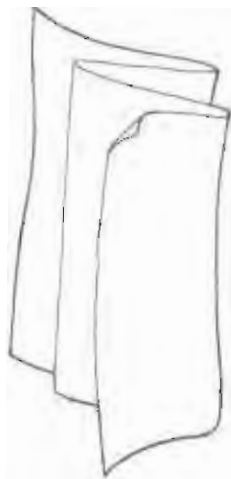
Dos importantes salvaguardias protegieron esta empresa —empresa en el sentido de intento o designio de hacer una cosa—. En primer lugar, el no afiliarse a ninguna escuela económica, lo que ya constituye en nuestros días toda una tradición. En las ediciones del Fondo de Cultura se pueden leer desde los clásicos, como Adam Smith y Ricardo, hasta Keynes, pasando por Carlos Marx. En segundo lugar, no incurrir en la redundancia de editar o



reeditar libros vertidos al castellano por otras editoriales. De aquí que todavía en el presente, para leer las obras fundamentales de la escuela económica sueca, como la de Wicksell —economista y dramaturgo— o Cassel, o la inglesa de Alfred Marshall, se recurra a libros dados a la estampa por otras editoriales.

Pronto, casi simultáneamente a su nacimiento, para establecer sus pautas editoriales, pareció descubrir el apotegma de un clásico de la ciencia económica: Quien sólo sabe economía sabe poca economía. O dicho en términos más crueles, empleados por alguien tan vinculado a esta casa como Alfonso Reyes: No hay cosa peor que quien tiene únicamente un recurso, pues es como el ratón de un solo agujero, sentenciando con la sabiduría de la Celestina: "No hay cosa más perdida, hija, que el mur que no sabe sino un horado; si aquel le tapan, no habrá dónde se esconda del gato."

Sea por el clásico de la economía o el de las letras, el Fondo de Cultura Económica amplió sus líneas editoriales: la sociología, la historia, el derecho, la antropología, la psicología, la filosofía, la política —cuyos linderos con la economía

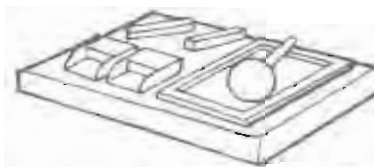


son casi imperceptibles—, la literatura, el arte y, en general, todo aquello que tiene que ver con el ser, saber, hacer y gozar humanos.

Esta múltiple tarea ha demandado un gigantesco empeño, como se refleja hoy en los aproximadamente 8 mil títulos editados y en los casi 49 millones de ejemplares impresos, al cumplir esta institución su primer medio siglo.

Quisiera destacar dos líneas comenzadas por el primer director de esta casa, Daniel Cosío Villegas: "Tierra Firme" y "Biblioteca Americana", ambas dedicadas a los temas de América Latina, libros en buena medida hechos por latinoamericanos y que tanto han contribuido a combatir los lugares comunes de señalarnos como una latitud sin fisonomía o un "continente vacío".

En la "Biblioteca Americana" se encuentra la huella de Pedro Henríquez Ureña, ilustre latinoamericano, de una erudición y sabiduría inconcebibles, que transmitía con sencillez, sabrosura y elegancia, situándose más allá de la cátedra. Cosío Villegas consultó los grandes



trazos, las grandes coordenadas de la "Biblioteca Americana" con Pedro Henríquez Ureña, el centenario de cuyo natalicio hoy celebramos, y quien con minuciosidad, conocimiento y visión, dejó su marca en esta biblioteca.

Sería incompleta esta breve reseña si no se mencionara la contribución definitiva que para su consolidación y avance tuvo un conjunto de valiosos transterrados: José Gaos y Eugenio Imaz en filosofía, Manuel Pedrosa, al igual que Vicente Herrero y Manuel Sánchez Sarto, en ciencia política, este último, además, en economía con Wenceslao Roces; José Medina Echavarría en sociología; así como numerosos técnicos, cuya enumeración nos llevaría a caer en lo prolijo.

No podemos ni debemos olvidar la fecunda acción del hombre que organizó en 1944 la Casa Argentina de esta editorial y que actuara como embajador mexicano de facto en Buenos Aires y dirigiera durante 17 años el Fondo de Cultura Económica, don Arnaldo Orfila Reynal. Nuevas series surgieron bajo su dirección, las que se mantienen y acrecientan, contribuyendo a enriquecer la cultura popular.



El libro, y con él las editoriales, se han enfrentado, a partir del invento de Gutenberg, a cíclicas crisis. El inveterado enemigo del libro desde su nacimiento es la censura. Cuando informaba y externaba ideas sufrió la expurgación y la prohibición de imprimirse y, sin temor a equivocación, puede decirse que la censura nunca ha dejado de manifestarse aquí o allá, impidiendo la libre circulación de los libros y, por consiguiente, la libre expresión de las ideas.

A esto hay que añadir actitudes estereotipadas frente a la letra impresa. Los que contraponen leer y ver, como si entre ambas cosas hubiese una contradicción irreductible, como si no se leyera con más rendimientos espirituales cuando se ve. En el fondo, esta actitud proviene de una artificial división entre pensar y hacer, entre realidad e ideas, creyéndose que en academias y cenáculos se engendran prepotentes ideas sin acción, y en la plaza pública, en el actuar cotidiano, acciones sin ideas. No hay nada más peyorativo que acusar a alguien de cultura libresca o de ser libresco, como si pudiera haber cultura sin libros.

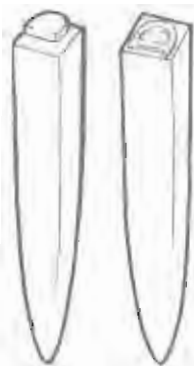
Nunca he creído que en los momentos de acción estorbe tener muchos libros en



la cabeza. Nunca he creído que sea trascendente una acción que no se funde en ideas o principios. Ciertamente que es importante considerar los libros que se han leído y en qué forma, si ellos, lejos de aplastar la personalidad, han sido cimientos para su erección y perfeccionamiento y si obedecen a un orden, de conformidad con la unidad superior que cultura, saber y hacer constituyen. Pruebas tenemos del fardo que para no pocas mentes supone la lectura desordenada de unos cuantos libros y de aquellos que no pasan de principiantes, al naufragar en un inicial escepticismo que todo comienzo conlleva.

Sabemos también —y las muestras sobran al respecto— de los males causados por los fanáticos lectores de un solo libro. Incontables ejemplos de inhumanidad hay de estos lectores de un solo libro, que a más de dogmáticos, resultan devotos de la pereza y renunciando al ejercicio de las libertades, cayendo en una inexplicable servidumbre voluntaria, buscando, además, hacer de discípulos adeptos y de escuelas sectas.

Conspiran contra el libro: los que fabrican síntesis, odiando quizás su oficio;



los que conciben la lectura como un deber y no como un placer; los que emplean trasnochados métodos didácticos que generan detestar la lectura, al obligar a la memorización. La sustitución, en fin, del viejo lema de la ilustración, de atrevete a saber, por el de haz como si supieras o resignate a ignorar.

Aparte de estas crisis de siempre, que probablemente deriven de la misma naturaleza humana, el libro se enfrenta a crisis periódicas: escasez de divisas, complicados trámites aduanales, clasificación como artículo suntuario de lo que es un bien necesario, aumento de precios en los insumos y tendencias equivocadas en relación con él.

A este último respecto, baste decir que en nuestros días la restricción de los lectores no únicamente proviene de aquellos que no saben leer o de los que no pueden leer por falta de capacidad adquisitiva, sino también de quienes pueden, pero no quieren leer.

Hoy el libro encara un nuevo reto: la revolución electrónica en los medios de comunicación social. En este sentido, el libro se equipara con la prensa



periódica. La reducción en la emisión de numerosos periódicos en el mundo se quiere ver como un anticipo de lo que ocurrirá al libro. La prensa periódica se caracteriza en la actualidad por un objetivo: la sincronización, coincidencia o casi simultaneidad entre hecho y noticia, a tal grado, que ya en la imaginación se ha previsto que para aumentar la edición hay un medio infalible: que los propios directores o administradores de los periódicos produzcan los hechos-noticia para estar enterados anticipadamente a los sucesos. Las tendencias defensivas de la prensa periódica han consistido en introducir la electrónica en su elaboración y en ampliar lo permanente o durable en sus páginas: cultura, ciencia, opinión.

De hecho, muchos educandos ya cuentan con una pantalla electrónica en que aprenden y obtienen información, desde la racionalidad de las matemáticas hasta la experiencia de la poesía. Pero desconocemos la existencia de computadoras para el espíritu.

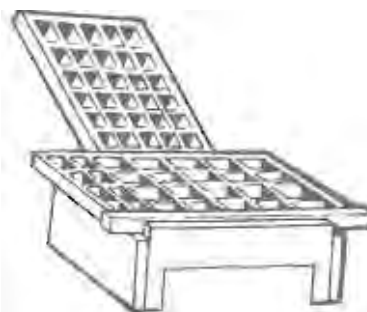
Estoy convencido de que el libro no sufre la competencia de la electrónica. No hay pugna, no puede haberla entre valores distintos. El libro no es fungible ni



intercambiable, se conserva por su perennidad; de ahí la relectura, que siempre abre distintos horizontes y permite encontrar algo diferente.

Los libros semejan buenos amigos, que cuando se les vuelve a visitar brindan una conversación sin reiteraciones, con nuevas y frescas ideas. Lo que se escapó en la primera lectura se descubre en la segunda o tercera y lo que pareció trascendente y profundo al conocerlo se convierte frecuentemente en tópico o trivial cuando se relee. Por eso, los libros nunca sacian ni, menos, hartan.

Se ha establecido con todo rigor en un sugestivo libro, *Adiós Gutenberg*, que la imprenta es el más antiguo de los procesos industriales y "ha confrontado cambios técnicos de escala mayor, aproximadamente una vez por siglo desde el Renacimiento, cuando los tipos móviles fueron introducidos en Europa". Estamos hoy en los umbrales de un cambio técnico de escala mayor. La industria editorial, al igual que la educación, lejos de rechazar la revolución electrónica, la incorpora y aprovecha. De esta manera veremos, como se ha dicho, que la guerra del libro no tendrá lugar.



El libro, como género, que no es producto para el consumismo, que no viene en envase desechable y carece de éste, persistirá con la terquedad que lo ha hecho en el pasado y ganará, palmo a palmo, nuevos terrenos. A una innovadora técnica deberá corresponder una imaginación acorde con las indudables demandas de lectura, que la sociedad con mayores y mejores niveles educativos reclamará. Y el libro, ajeno a los negocios de conciencia, seguirá siendo instrumento de avance cultural, medio de formación educativa y herramienta de progreso y bienestar.

Los libros no son objetos inanimados, son seres vivos que han respondido y responden al ayer y al hoy, sin importar cuándo fueron escritos. Son seres vivos que nacen, crecen y se desarrollan, pero no mueren, sino que perviven por siempre.

Señor Presidente de la República:

Con plena conciencia de que la cultura no espera, de que el tiempo perdido en lo que a ella se refiere jamás se recupera, ha puesto usted en ejecución planes directamente conectados con la promoción, estímulo y fomento de las actividades



culturales en todos los órdenes, guardando las debidas proporciones entre las ingentes tareas educativas y las culturales.

Particularmente relevante para el mundo del libro y el Fondo de Cultura Económica, a más de los estímulos fiscales, resulta el Programa Nacional de Bibliotecas Públicas, el cual se propone que para 1988 opere una biblioteca central en cada capital estatal, una en cada cabecera municipal con más de 50 mil habitantes y una en cada municipio con más de 30 mil habitantes, así como bibliotecas móviles para atender comunidades de escasa población. Igualmente importantes resultan las coediciones producidas por la Secretaría de Educación Pública y el Fondo de Cultura Económica, como "Lecturas Mexicanas", que hasta el momento suponen 50 títulos y más de 3 millones de ejemplares.

Aparte del significado intrínseco de estos programas, ellos dan aliento a esta casa en momentos difíciles. Por tal motivo, señor Presidente, tengo el mandato de todos los miembros de la Junta de Gobierno de expresar su agradecimiento por el impulso que está proporcionando al Fondo de Cultura Económica.